

A LA LETRA

OPERACIÓN MONTERREY

de BÁRBARA JACOBS



Cuando la escritora puso punto final a la novela que estaba escribiendo alcanzó el frasco de somníferos que la esperaba al lado del vaso largo de agua en el escritorio, pero no tuvo el ánimo para destaparlo y tomarse una pastilla tras otra según el plan preconcebido.

De modo que se levantó de la silla con desgano y sobre el pecho se cruzó la bata que la arropaba. La ciñó de nuevo con el cinturón y con la mano enguantada mantuvo cerrado el cuello mientras se encaminaba a la puerta de la cabaña en el acantilado sobre el Atlántico, y entonces salió a respirar el aire de la madrugada invernal.

Demasiados inviernos, pensó, propios y ajenos. Míos, de la literatura, de los lugares en los que he puesto punto final a mis libros.

Seis o siete años atrás viajó de la ciudad de México a Monterrey invitada a dar una conferencia. Habló sobre la adaptación que hizo Orson Welles por radio de la obra de H. G. Wells en la que la tierra es invadida por seres extraterrestres, alrededor de lo cual no recuerda ahora qué reflexión hizo, pero la que hubiera hecho la había mantenido a ella sin duda cerca de los extraterrestres, con los que se identificaba. En todo caso, más que con sus colegas escritores y terrestres, que no la

entendían y a los que no entendía.

Su plática duró cuarenta minutos y las horas subsecuentes las pasó conociendo la ciudad. Había tomado un taxi y al conductor le había dado una dirección, la casa de infancia de un amigo que le pidió que viera por él si su viejo domicilio seguía en pie o si ya había sido demolido. Sin salir del automóvil ella vio bajar por una escalera a una mujer mayor del otro lado del cristal de una ventana sin cortinas y desaparecer. Reportaría la impresión que le

causó, de alguien que recorría su vida a través de cuartos vacíos y silencio, como si se despidiera pero sin rencor.

Luego, pidió al taxista que la llevara al Hotel Quinta Real y que no la esperara. Quería tomar una copa de vino larga antes de regresar a su alojamiento a pasar la primera de las dos noches que duraría la invitación que aceptó. Al día siguiente visitaría el Museo de Arte Contemporáneo en compañía de otra escritora, a pesar de que por aquellos días los intereses de esta otra escritora, según le iba contando, se inclinaban más por el arte colonial. La escritora la seguía porque era más desenvuelta que ella, aunque algo menor. A la escritora no le llamaba mayormente la atención ni el arte contemporáneo ni el colonial, por lo menos, no en esos momentos, cuando donde quería estar era no sólo lejos del arte sino de la Tierra. Ser un ser extraterrestre, sin arte y sin Tierra, al menos, sin ningún interés ni curiosidad en saber de arte ni en visitar la Tierra.

Su decaimiento por aquellos días era tan evidente que el propio W, que la había rescatado de su descenso hacia las profundidades, la conminó a que aceptara ir a dar una conferencia a Monterrey, hablara sobre lo que hablara y aunque lo que aportara al tema que fuera del que hablara consistiera en una versión desnuda de su caída o quebranto o abatimiento, que la dirigían al fin. Ella agradeció a W el empujón, tanto así como agradecía a sus anfitriones haberla invitado, o a la escritora que la persuadió a acompañarla a ver

arte contemporáneo mientras le hablaba de la investigación que hacía sobre arte colonial. Sala tras sala, el brazo de una entrelazado en el de la otra. La escritora agradecía, sin fuerza para sugerir a su vez a su amiga subir las dos a comer al restaurante en el mirador desde el Cerro de La Silla. O a cenar. Según recordaba, desde ahí podría tomar una fotografía especial de la luna. Es decir, si hubiera cargado con una cámara, lo que no había hecho con tal de no cuidarla. A una reunión de escritores ni siquiera con su diario cargaba. Temía todo, entonces más que nunca; pero temía más que todo exponer su diario a caer en manos de un escritor. Los escritores son detectives, si son como yo, pensaba, hay que cuidarse de ellos. De mí. Anoto cuanto puedo, una vez sola en mi habitación, a la hora que sea, página tras página. Confío en el respeto de W, quizá porque no es escritor sino escultor.

De niña y rumbo a Estados Unidos, había cruzado con su familia en coche Monterrey una vez al año, pero de su paso de aquel tiempo a través de esta ciudad no recordaba nada. Ahora le contaría a W lo que había conocido. Ahora escribió un cuento a partir de una conversación que oyó en el bar del Hotel Quinta Real mientras tomaba una copa de vino larga. Lo tituló "El instructor".

No era ni una niña, ni una enferma, ni una desamparada, pero lo parecía. Parecía representar cualquiera de estos casos, o los tres en uno, a pesar de sus cincuenta y tantos años y su estado de escritora

de prestigio, que es lo que era. Pero había enviudado después de más de treinta años de casada y nunca había viajado sola, ni siquiera a una corta distancia del centro del país, donde había nacido y donde vivía, de forma casi permanente, ahora con W, que la esperaba al pie del avión, casi, con la mano tendida para enlazarla en la suya. Te extrañé, se dijeron el uno al otro, con la mirada húmeda y la sonrisa tímida de los adolescentes que habían dejado de ser décadas y más décadas atrás, pero como si lo siguieran siendo, porque su enamoramiento era igual, la pareja parecía de adolescentes enamorados.

Si aquel viaje a Monterrey había estimulado al menos una conferencia y un cuento, W no exageraba al hacer ver a la escritora lo benéfico de la experiencia. Además, ese primer viaje desencadenó otros, y otros beneficios en este sentido. Al poco tiempo, el doctor José Garza invitó a W a exponer en la galería de la universidad y la escritora viajó con su pareja a inaugurar la exposición. W y ella se hospedaron en el Hotel Quinta Real y el día que partieron vieron llegar de huéspedes al mismo hotel a los Rolling Stones. Al poco tiempo, a través de Jessica Nieto, el doctor José Garza invitó a la escritora a colaborar en *Armas y Letras*, y desde entonces la escritora ha colaborado en la revista universitaria.

Monterrey se perfilaba como un lugar que llamaba a la escritora más que otros, del país, del mundo. Una tía política suya era de esta ciudad, el hijo mayor de esta tía, primo hermano de la escritora, la había adoptado como su ciudad y dejó la de México por ella y

MONTERREY SE PERFILABA COMO UN LUGAR QUE LLAMABA A LA ESCRITORA MÁS QUE OTROS, DEL PAÍS, DEL MUNDO.

antes de irse a la de Nueva York. Un hermano de la escritora llegó a mudarse también a Monterrey aunque de manera temporal. Una prima hermana de la escritora también se mudó a Monterrey, con su esposo y la mitad de sus seis hijos, los otros tres ya nacieron en Monterrey y ahí están. Otro hermano de la escritora construyó casas en Monterrey, y en representación de sus clientes compró obra de W para las casas que construyó en Monterrey.

Pero los parientes no llamaban a la escritora. Quien la llamaba era la revista literaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Una vez, con urgencia. Llegó un cierre de número y faltaba la colaboración de la escritora. En ese momento ella había terminado una novela breve por juego, sin firma, y pasaba por el periodo usual en esta situación de creer que nunca más iba a poder escribir y que la novela breve que había escrito por juego iba a ser lo último que hubiera escrito. En todo caso, no se le ocurría nada que escribir para atender la petición urgente de la editora. Renunció, pensó. Escribe una colaboración y mándala, ordenó W. La escritora, sola ante su escritorio, contempló largamente el manuscrito de la novela breve frente a ella y, orillada, le abrió la puerta a su autora para que le contara su historia en sus propias palabras y ella pudiera enviarlas a modo de colaboración a la editora que la necesitaba.

Así había nacido *La dueña del Hotel Poe*, la novela a la que ahora, cuatro o cinco años más tarde, la escritora acaba de poner punto final. Entretanto, el doctor José Garza invitó a la escritora a publicar un libro a partir de sus colaboraciones en *Armas y Letras*. Y el libro, titulado *Leer, escribir*, se publicó bajo el sello de la universidad y acompañado de imágenes de la obra de W, de una serie titulada *Alfabeto secreto*. Se ha presentado en media docena de estados en media docena de foros de la República, incluyendo el Instituto Nacional de Bellas Artes, en ocasiones con exposición de la obra de W.

Gracias a la más reciente invitación que la escritora ha recibido de Monterrey logró escribir “Mi casa”, un texto que pugnaba por ser escrito desde hacía años, precisamente desde que la casa de la escritora se convirtió en el centro de un torbellino de dudas y revelaciones que se originaron precisamente de uno de sus parientes relacionados con Monterrey. Escribirlo para Monterrey, es decir, con todo y sus paradojas acabar de comprenderlo como para darle forma escrita para Monterrey, era la forma de exorcizarlo, pensó la escritora, agradecida con Monterrey. “Mi casa” representa enteramente a la escritora.

Así que regresa a la cabaña, se encamina al escritorio, destapa el frasco de somníferos, se dirige al fregadero de la cocina y lanza una tras otra las pastillas al desagüe, bajo un chorro de agua continuo. 

